

«The intersex turning point»: Reseña de Gregori Flor, Nuria (2024). *Intersexualidades: Emergencias y Debates en torno a Personas con Características Sexuales Diversas*. Catarata, los Libros de, 304 páginas

Konstantinos ArgyriouUniversidad Rey Juan Carlos  <https://dx.doi.org/10.5209/eslg.105117>

Recibido: 27/09/2025 • Aceptado: 29/09/2025

Cómo citar: Argyriou, K. (2026). «The intersex turning point»: Reseña de Gregori Flor, Nuria (2024). *Intersexualidades: Emergencias y debates en torno a personas con características sexuales diversas*. *Estudios LGBTIQ+, Comunicación y Cultura*, 6(1), pp. 145–148. <https://dx.doi.org/10.5209/eslg.105117>.

En la presentación del libro de Nuria Gregori *Intersexualidades*, en la librería Berkana, en octubre de 2024, había un aire de sinergia, de camaradería activista, de nostalgia por las acciones y las escenificaciones de la ciencia ciudadana que proliferaron en la década anterior, y que un año después parecen aún más lejanas que en ese momento. Pero no se trata de una traición de la causa. En un creciente panorama de deslegitimación, las aportaciones de los movimientos para la despatologización trans e intersex, como por ejemplo la campaña STP-2012, son más actuales que nunca.

El texto, fruto de una tesis doctoral que necesitó diez años, aproximadamente, para salir a la luz, constata una larga trayectoria teórica, profesional y activista. Entre sus cometidos, destacan la generosidad con la que se abordan los temas y la claridad del pensamiento. Gregori abre al público lector un espacio propio, en las encrucijadas entre la antropóloga Nuria, la enfermera Nuria, y la activista Nuria. Esas tres posiciones nunca operan a solas; no sería ni aconsejable, ni deseable trazar momentos en el libro donde se pueda distinguir su valor aislado. Esa triple mirada, convertida en ensamblaje, logra combinarse con otras narrativas, otros saberes y otros lugares de enunciación, que todos juntos rebaten una ciencia biomédica dedicada a la estigmatización de lo intersex.

El libro abre con las tensiones asociadas a la definición de las intersexualidades, sobre todo en el ámbito biomédico. El capítulo 1, *Desfragmentaciones*, narra cómo los cuerpos diferentes se han concebido y etiquetado no simplemente como intermedios o ambiguos, sino más abiertamente como aberrantes o alterados, con una fuerte carga moral que ha impregnado en los registros científicos. Las asignaciones de sexo han estado, y en gran medida continúan estando, ASOCIADAS a dualismos (masculinidad o feminidad, carácter innato o adquirido, esencialismo o constructivismo), y las han atravesado tanto sesgos de corporalidades «correctas» y «a corregir», como una sensación de urgencia. Ese afán por operar en la «naturaleza» antes que en la «cultura» ha tenido como objetivo evitar la posibilidad de que las personas experimentaran un «desajuste» entre el ámbito «corporal» y el «psicológico» o «mental» más adelante en su vida. Además, dentro de esa lógica, la corporalidad «correcta» se ha ido determinando mediante inspección visual, reproduciendo un genitalocentrismo rampante. Según Gregori:

Apuntamos cómo una de las pruebas diagnósticas para determinar el sexo definitivo, y que se mantiene en la actualidad, consiste en la administración de la «hormona gonadotropina coriónica humana» o hCG, para confirmar si el cuerpo cavernoso crece suficientemente de tamaño para que ese pene pueda funcionar como órgano sexual en el futuro con un tratamiento suplementario de hormonas masculinas. Estamos ante un modelo que anula la posibilidad de ser hombre en ausencia de un pene de un tamaño suficiente para permitir una erección y una penetración. Partiendo de esta base, la mujer quedaría definida por defecto o «en ausencia de» (2024, pp. 42-43).

El capítulo desmonta la idea de que la ciencia médica esté exenta de valores culturales, y apuesta por responsabilizar a las profesiones involucradas respecto a sus concepciones de la normalidad y juicios sobre

la patología. Para ello, se utiliza la noción de las falométricas (phall-o-metrics), que marcan arbitrariamente cuándo un genital «ambiguo» se clasificará como micropene y cuándo como megaclitoris, prescribiendo, en vez de describir, la genitalidad humana. La asociación entre genitalidad e identidad, así como la ausencia de datos sobre la gran diversidad de cuerpos, compactan la masculinidad y la feminidad, y atribuyen a los genitales un poder que en realidad no tienen. Ante esos esquemas falsos, la autora contrapone un conocimiento vivencial que opere como «correctivo epistémico», y que genere resistencias para provocar un cambio de paradigma generalizado respecto a las asignaciones.

«Íntimo y personal» es el título del segundo capítulo, que trata la cuestión de mantener la intersexualidad como secreto e investirla de silencio. Para las personas intersex, no saber sobre su condición es trágico, pero aprender sobre ella suele ser traumático. Esa doble condición de vulnerabilidad las carga de culpabilidad. Igualmente, cuando ya tienen información suficiente, aparte de tener que gestionar las emociones ambivalentes propias, tienen que lidiar con cómo revelar a su entorno el diagnóstico.

El segundo capítulo es el más sintonizado emocionalmente con las experiencias intersex. Introduce al público lector a las «carreras morales» de las personas intersex, al aislamiento, a las *parades* o desfiles genitales frente a la mirada biomédica –y demás test de verificación–, a los costes de la salida del armario, o al «miedo a la devaluación» por no cumplir con expectativas sociales. La menstruación y la testosterona ocupan gran parte del capítulo, expuestas como dispositivos corporales y no como meras esencias de cuerpos sexuados. Seguidamente, la falta de aceptación de la diferencia vuelve a surgir como tema para navegar los preocupantes discursos sobre eugenesia:

Las nuevas eugenesias o la eugenesia liberal –*new or liberal eugenics*– estaría basada en «la buena ciencia» que tiene como objetivo la «mejora de capacidades». Se presupone que la actual búsqueda de mejores capacidades humanas es pluralista, está preocupada por el bienestar de los individuos y respeta los derechos individuales (p. 146).

La eugenesia enmascarada de preocupación por la salud conecta con los pánicos asociados a la exclusión de los hombres como participantes en los procesos de procreación, con los avances en reproducción asistida. El capítulo 3, «Curtidoras», empieza extrapolando esta preocupación también al ámbito de la sexualidad. Quedarse en intimidad con alguien supone una máxima vulnerabilidad para muchas personas intersex, por miedo a las reacciones. Según la autora:

Vivimos en una sociedad hipersexualizada en la que la sexualidad es al tiempo el principal producto de consumo, y un hecho social sobre el que circulan todo tipo de prohibiciones y prescripciones. Muchas de las amenazas potenciales y reales que sienten personas con intersexualidades/DSD se presentan en este ámbito y son producto de una concepción cultural tan reduccionista de la sexualidad. Se trata de una sexualidad predominantemente genital, de manera que los cuerpos de las personas con cicatrices íntimas, genitales no normativos, o diversidades funcionales, quedan estigmatizados (2024, p. 160).

Contar la corporalidad disidente deviene un compromiso político. Hay personas que no están dispuestas a asumir esa responsabilidad, y acaban en el armario. Otra gente busca apoyo y referentes, y consigue tejer redes que la protejan de la ignorancia y la discriminación. Uno de los momentos más emocionantes y sugerentes del libro es el siguiente:

Durante el tiempo que duró el trabajo de campo, al final de las entrevistas siempre acababa pidiendo a mis informantes que me dijeran dos o tres cosas positivas por las que se consideraban afortunados de tener una intersexualidad/DSD. Entre los aspectos positivos siempre aparecían los grupos de apoyo y los vínculos emocionales establecidos con esa nueva comunidad de afectos (GA [grupos de apoyo], comunidades virtuales, etc.). También se señalaba la capacidad de superación, el crecimiento personal que precisamente procuró su diferencia; una sensibilidad especial, aptitudes, incluso una inteligencia emocional superior a la media. De no haber existido la intersexualidad, habrían perdido la oportunidad (p. 189).

El capítulo 4, «En algún lugar entre el pasado y el futuro», vuelve al sector biomédico, para subrayar la importancia de una «intersexualidad participativa». Constatando que el consentimiento informado es un sistema que falla mucho en cuestiones intersex, Gregori pasa a explicar cómo las medidas utilizadas se invierten de objetividad. Su bagaje teórico en los estudios CTS, así como su conocimiento experto en el sector asistencial, crean una contribución altamente útil para el sector. La autora pone el foco igualmente en las acciones de participación ciudadana, así como los acompañamientos a nivel activista y organizativo. Su reflexión sobre el ámbito biomédico termina con una guía de buenas prácticas, que involucre la mirada de las propias personas intersex.

Lo que de hace patente al terminar el libro es la innegable generosidad con la que se atreve su autora a ofrecer a su público lector toda la información que le servirá para navegar asuntos complejos. Como consecuencia, este estudio quebranta esa línea divisoria entre lo erudito y lo divulgativo, además de superar las presiones temporales según las cuales se debe ceñir a marcos concretos de investigación. Sin perder en calidad o complejidad analítica, el relato se extiende a muchos espacios y momentos temporales, siendo muy enriquecedor dentro del ámbito hispanohablante sobre la cuestión de las intersexualidades y diversidades corporales.

Al final del capítulo 4, se abre el debate sobre cómo se refleja el sexo en el ámbito legal, y qué implican las decisiones tomadas a nivel político para las vidas intersex. La sujeción al binomio «hombre»/«mujer», cuya correspondencia médico-legal se da por sentada, crea una narrativa única y unificadora, que ignora elementos biográficos. Eso además, alerta la autora, corre el riesgo de entender lo intersex en términos aditivos: si las características sexuales no se mencionan explícitamente en las leyes, sino que se sobrentienden en el marco del tríptico orientación sexual, identidad y expresión de género, eso obstaculiza una visibilización y una protección legal reales. Esta apuesta por distinguir las luchas de la «i» de las del colectivo LGTB es un punto que viene anticipado por una mención que realiza María José Martínez Patiño en el prólogo:

[...] recientemente se ha desarrollado todo un marco legislativo que alcanza a las personas con características sexuales diversas, integrándolas en políticas y leyes LGTBI. En mi opinión, se cometen errores al incluir en el mismo reconocimiento a las que eligen lo que quieren ser con aquellas que su naturaleza ha decidido lo que deberían ser. En nuestra sociedad hemos de ser capaces de dar a conocer esta crucial diferencia para evitar confusiones y poder avanzar (Patiño, en prólogo, p. 8).

La estrategia de apartar las causas de la «i» del resto de las siglas de lo LGTBQA+, aunque acierta en llamar la atención sobre el hecho de que se estén aglutinando causas muy divergentes bajo un abanico genérico, es falible en el sentido de que da por hecho que el resto de las identidades representadas por él están felices de convivir bajo el mismo paraguas. Esta cuestión abre un debate potente, que no hay que perder de vista: primero, se trata de un acrónimo, no de una palabra; de una formación de compromiso, y no de un ente identitario compacto. Lamentablemente, esa imagen consolidada de las identidades (y según el libro, no corporalidades) LGTB no se respalda por un sentimiento de comunidad, y se ha constatado a lo largo de los años un afán, a veces determinista y rígido, de marcar barreras y vigilar puertas de entrada. Ejemplos de ello serían la tensión por parte de cierto lesbianismo esencialista contra las mujeres trans (Gamson, 1997), de cierto activismo gay contra lo queer (Warner, 1993), así como entre parte de activismos gays y lesbianos, que han preferido pronunciar sus luchas distintas a una reivindicación común (Cohen, 1991). Dentro de la propia comunidad trans, las disputas no son triviales: según las distintas comprensiones de la identidad de género, se organizan las fronteras entre lo esencialista y lo constructivista (Leibetseder, 2012).

Además, hacer hincapié en la corporalidad en el caso de las experiencias intersex corre el riesgo de des-corporizar las del resto del colectivo. No solo hay personas intersex que también están transitando o atravesadas por otros ejes de lo LGTBQA+ –lo que en cierta medida explica las complicidades históricas entre lo trans y lo intersex, que no son fortuitas; sino que lo intersex está tan entremezclado con el resto de vivencias, identidades y biografías, que su permanencia dentro de lo LGTBQA+ se convierte en indiscutible (Horlacher, 2016). Es más; las identidades y expresiones que se aglomeran dentro de lo LGTBQA+ también tienen cuerpos sexuados, interpelados por presuntos saberes biomédicos, de formas muy similares a los cuerpos intersex, o quizá incluso a raíz de la sujeción de las personas intersex (Fausto-Sterling, 2019). La propia autora reconoce la obsesión de la clínica intersex con ideas y protocolos concebidos por Money.

En definitiva, se entiende que el comentario hace referencia a decisiones legales de aglutinar a personas con diferentes experiencias y características bajo preceptos comunes. No obstante, muchas identidades no intersex tampoco se pueden reducir a «una elección de lo que quieren ser». Reproducir esquemas superados de determinismo y socioconstructivismo no aporta particularmente a las vidas de personas que suelen estar interpeladas por muchos ejes de opresión.

A pesar de esta pequeña objeción, el valor del libro es indiscutible, precisamente porque huye de lecturas deterministas y lineales. Se ha criticado desde las políticas identitarias y de representatividad la reapropiación del espacio público, activista y epistémico, por agentes que no forman directamente parte del colectivo oprimido en cuestión. Nuria no cae en la trampa de perderse en esas falacias de literalidad, o en atroñas de la discusión sobre los privilegios de las figuras aliadas. Al contrario, eleva el debate a otro nivel, que involucre el conocimiento situado y la autorreflexión como respuestas metodológicas al determinismo, el extractivismo académico o el imperialismo anglosajón.

Por otro lado, la esfera de lo intersex es una de las más idóneas para reflexionar propiamente sobre las disonancias entre «apariencias» (en el sentido de los regímenes iatrogénicos de la decepción, que siguen desarrollando muchas escuelas de la clínica intersex) y la perspectiva ontológica. No hace falta ir muy lejos para averiguar el poder del régimen de la decepción, y de lo falibles que son los mecanismos de atribución de cuerpos sexuados bajo las nomenclaturas y los protocolos biomédicos occidentales. La atleta argelina Imán Kelif viene en la mente de mucha gente, cuando se habla de condiciones intersex –de hecho, su nombre fue uno de los más citados también en la presentación del libro de Gregori en Madrid, a raíz de las discusiones sobre su participación en los Juegos Olímpicos de París en julio de 2024. Los juicios sobre su corporalidad han sido extremadamente simplistas, sin embargo un marco que complejiza las corporalidades, como el ofrecido por *Intersexualidades*, ayuda a poner freno a los bulos. A la vez, interroga el saber experto y la formación profesional como únicos entes de contrapeso, involucrando a toda la sociedad en esta lucha por la verdadera concienciación sobre diversidad corporal. En palabras de Sam Fernández (2025, p. 54),

Si pusiéramos el epicentro en la «educación profesional», ¿no estaríamos contribuyendo a la opacidad sobre aquello que, en ocasiones, impide saber lo que ya estamos sabiendo (un «aquello» que, en este caso, podría apuntar a la culpa o la dificultad profesional para sostener el daño que ya se ha causado)?

Un reciente informe de la Fundamental Rights Agency de la Unión Europea (FRA, 2025) refleja un auge alarmante en acosos e intolerancia contra personas intersex, tanto a nivel de desinformación, como de ma-

las prácticas a nivel biomédico. No está claro si lo que incentiva dicha intolerancia es solo producto de desinformación, o incluso una acción más deliberada de aniquilación de lo diferente. Lo que está evidente es que reflexiones complejas y sosegadas, ligadas a la comunidad, como la de Nuria Gregori, son imprescindibles para rebatirla. Hacen falta más resistencias y más organización, más incentivos para aprovechar dichos estudios para mejorar las vidas de las personas intersex. Pero al menos no partimos desde cero, ni mucho menos.

1. Referencias citadas

- Cohen, E. (1991). Who are “we”? Gay “identity” as political (e)motion (a theoretical rumination). In Diana Fuss (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories* (pp. 71-92). Routledge.
- Fausto-Sterling, A. (2019). Gender/sex, sexual orientation, and identity are in the body: How did they get there? *The Journal of Sex Research*, 56(4-5), pp.529-555. DOI: 10.1080/00224499.2019.1581883
- Fernández Garrido, S. (2025). *Artesanías Biológicas: Por qué la Biología y la Clínica Necesitan a las Culturas Intersex*. Bellaterra.
- Fundamental Rights Agency (FRA) (2025, 17 de septiembre). *Rising violence and harassment against intersex people in the EU*. Recuperado de: <https://bit.ly/3KXhZHR>
- Gamson, J. (1997). Messages of exclusion: Gender, movements, and symbolic boundaries. *Gender & Society*, 11(2), pp.178-199.
- Horlacher, S. (2016). *Transgender and intersex: Theoretical, practical, and artistic perspectives*. Palgrave MacMillan.
- Leibetseder, D. (2012). Trans*- border wars? In Doris Leibetseder, *Queer Tracks: Subversive Strategies in Rock and Pop Music* (pp. 149-168). Ashgate.
- Warner, M. (1993). Introduction. In Michael Warner (ed.), *Fear of a Queer Planet: Queer Politics and Social Theory*. University of Minnesota.